

Padre nuestro

GONZALO LEÓNIDAS CHAVES

M
V
J

colección
Narrativas
de la Memoria



Gonzalo Leónidas Chaves nació en La Plata en 1939. Histórico militante del peronismo platense ha escrito *Los del 73: memoria montonera* (1998), en colaboración con Jorge Omar Lewinger; *La Masacre de Plaza de Mayo: el 16 de junio de 1955* (2003) y *Rebelde acontecer: relatos de la resistencia peronista* (2015). Algunos relatos suyos aparecieron en la revista *La pulseada*. En poesía publicó una plaqueta titulada *El ángel anarquista* (2018). Su padre, Horacio Ireneo Chaves y su hermano Rolando fueron asesinados por la Triple A en agosto de 1974.

PADRE NUESTRO

colección
Narrativas
de la Memoria

Gonzalo Leónidas Chaves

PADRE NUESTRO

Chaves, Gonzalo Leónidas

Padre Nuestro / Gonzalo Leónidas Chaves ; Director editorial: Roesler, Pablo; Editores literarios: Tavernini, Emiliano; Inama, Ramón Oscar y Becerra, Clara; Diseñado por: Civit, Luciana / prólogo de Matías Facundo Moreno. - 1a ed. - La Plata: MEVEJU, 2023. 80 p. ; 20 x 13 cm.

ISBN 978-631-90009-8-6

1. Memoria. 2. Dictadura Militar. 3. Relatos Personales. I. Moreno, Matías Facundo, prolog. II. Título.
CDD 808.883



©2023, Chaves, Gonzalo Leónidas.
Todos los derechos reservados.

Editorial MeVeJu, 2023.
Fotografías: Archivo familiar Familia Chaves

ISBN 978-631-90009-8-6
Impreso por el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires
Impreso en Argentina

Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires ; Editorial MeVeJu, 2023.

Subsecretaría de Derechos Humanos de la provincia de Buenos Aires
Calle 53 N°653 esq. 8
La Plata, Buenos Aires CP 1900
(221) 4893960/63
editorial.meveju@gmail.com

PRÓLOGO

La construcción de la memoria es un camino permanente. Y la construcción del padre ausente, para quienes lo hemos perdido por el terrorismo de Estado, es una tarea casi diaria. Es una labor detectivesca, artesanal y, fundamentalmente, amorosa e íntima. Este libro, *Padre nuestro*, lleva el nombre de un rezo cristiano y como una plegaria fraterna es la reconstrucción de la figura del padre que eligió vivir su vida en la militancia.

En *Padre nuestro*, Gonzalo Leónidas Chaves dialoga con el presente y con el pasado. Los protagonistas son dos hermanos que crecieron separados y que ya adultos, al encontrarse, van construyendo un padre en común, Horacio padre, para sorprenderse uno a otro con detalles que para su interlocutor son ocultos. En ese diálogo se termina de construir el personaje principal de esta historia que es, a la vez, el personaje principal de todo hijo del terrorismo de Estado en argentina: el padre que no está y que a la vez no deja jamás de estar presente.

A Gonzalo lo conocí en mis años de estudiante y militante de la UES en el glorioso Normal 3 de La Plata. Para esa época, él ya era una referencia en el peronismo local. Y eso se potenció

cuando a mediados de la década de los 90 creamos la agrupación H.I.J.O.S. Sus recuerdos de la historia de la militancia en los 70 fueron clave para esas y esos jóvenes que comenzábamos a reconstruir nuestra historia, a buscar en nuestro pasado y a trazar los primeros pasos en la militancia política.

Por eso, cuando nos propuso la publicación de este texto, no dudamos en hacerlo a través de la Editorial MeVeJu, que fue creada para trabajar en la construcción de la Memoria en nuestra Provincia. Desde la Subsecretaría de Derechos Humanos de la provincia de Buenos Aires editamos esta colección de *Narrativas de la Memoria*, precisamente para que tanto las subjetividades de las y los compañeros víctimas del terrorismo de Estado así como las miradas sobre ellos y ellas no queden en el silencio. Se trata de una acción reparatoria, se trata de una política pública.

El relato que nos trae Gonzalo en este libro, escrito con la libertad que le ofrece la autoficción a alguien acostumbrado a narrar la historia, es la puesta en común de la vida personal e íntima de un hombre que fue parte de la resistencia del peronismo. Horacio Ireneo Chaves fue uno de esos héroes peronistas que enfrentaron proscripción, dictaduras, persecución, tortura y cárcel. Pero el relato no se queda allí, porque contar los pormenores de la vida de ese hombre es también contar la historia de nuestro país y de nuestra provincia.

Padre nuestro transcurre en La Plata. El recuerdo solo se traslada momentáneamente a otros territorios como La Rioja, para reconstruir el inicio del linaje familiar, o a los destinos de prisión con que Chaves fue perseguido por peronista.

El narrador del libro da cuenta de la persecución que sufrió Chaves: “Como cientos de peronistas, pasó una pila de años perseguido y encarcelado. Condenado a ser fusilado en el 56, salvó la vida por minutos. Fue detenido y encarcelado durante el gobierno de facto del general Aramburu y después durante los

gobiernos radicales de Arturo Frondizi y de Arturo Illia. También lo encerraron durante las dictaduras del general Onganía y las que le continuaron hasta 1973. Fue torturado pero nunca contó nada a sus hijos, era incapaz de trasladar el dolor a su familia”.

Estamos acostumbrados a que la reconstrucción de la vida de esos hombres perseguidos por dictaduras y proscripciones se encuentre ceñida, generalmente, a los relatos históricos. Es que la democracia que hoy vivimos con continuidad, desde hace cuatro décadas, fue precedida por medio siglo de dictaduras y gobiernos civiles tutelados y finalmente derrocados. La única excepción de ese período fue el gobierno de Juan Domingo Perón, cuando el pueblo accedió a la vida política y se consolidaron las ideas de justicia social, soberanía política e independencia económica. En esos años, como en una fragua popular, fueron forjados esos héroes peronistas que conservan en la memoria militante esa imagen de acero. Muchos de ellos, como Chaves, pagaron con la propia vida, la elección de entregarse a la militancia.

En *Padre nuestro* el relato está construido por los recuerdos de dos hermanos y se entrelazan en esa conversación las tramas de la historia con las tramas familiares. Uno de ellos lo cuenta al principio mismo del relato: “Para la época de tu primer encierro el Viejo estaba preso, primero en Olmos, después en el Penal Militar de Magdalena. Como si esto fuera poco, le quitaron el sueldo, el grado militar y le prohibieron el uso del uniforme. Los más grandes de nuestro grupo familiar, varones y mujeres, tuvimos que salir a trabajar para sostener la olla, crecimos de golpe”.

La publicación de este texto es, en definitiva, una manera de reponer una parte de la historia de un militante víctima del proceso de exterminio que comenzó antes del golpe de Estado de 1976 con la Triple A. Como dijimos, leerlo es recorrer la historia de un hombre, de una familia, y de nuestro país.

Estamos muy contentos de haber contado con la confianza de Gonzalo para poder editarlo y publicarlo desde la editorial de la Subsecretaría de Derechos Humanos, porque la construcción de la memoria es un camino que se transita sin prisa, pero sin pausa. Y si de algo estamos convencidos es que un pueblo con memoria es garantía de democracia para siempre.

Matías Facundo Moreno
Subsecretario de Derechos Humanos
de la Provincia de Buenos Aires

**PADRE
NUESTRO**

Cuando se encontraron por primera vez, el más chico tenía cuarenta y un años y el mayor cincuenta y tres. Eran hermanos pero se conocieron de grandes. Hijos del mismo padre y de distinta madre. Ni medios hermanos, ni hermanastros, hermanos sin aditamentos.

Horacio Nahuel, el más chico, sumaba dos hermanas. El otro, Leónidas, cinco hermanos varones y dos mujeres. Eran once hijos del mismo padre y de distinta madre. A la hora del diálogo se contaban historias del progenitor. Cada uno aportaba su versión. Aún coincidiendo en fechas y circunstancias, lo que uno narraba era solamente una parte, el otro mostraba otras facetas. En ese diálogo entre hermanos y hermanas que se prolongaba en el tiempo, iban modelando la figura paterna a imagen y semejanza de hijos e hijas.

Cuando Horacio padre cayó preso por primera vez en 1956, la madre de Nahuel no pudo mantener a toda la familia y lo internaron en un Instituto de Menores. Ahora, ya mayor, sentado frente a su hermano y en presencia de su mujer que escucha arropada en su silencio, hilvana el siguiente relato:

Estuve ocho años encerrado en institutos de menores. Me escapé diecisiete veces. Me agarraban y me volvía a fugar. La primera vez que me internaron fue en el Internado Huérfanos de Policía, de la ciudad de La Plata. De allí me fugué, tenía cinco años. No llegué lejos, me agarraron y me llevaron al Palacio Piria en Punta Lara, donde funcionaba otro Instituto de Menores. De allí también me escapé y siguiendo el recorrido del colectivo 75 llegué a Tolosa. Tenía puesto el uniforme de los internados: buzo blanco, pantalón corto azul y medias tres cuartos del mismo color, las zapatillas eran marca Siete Vidas. En una esquina le pregunté a un señor dónde estábamos, me tomó de la mano y me llevó a la Comisaría de Tolosa. A las doce de la noche cayeron los viejos a sacarme. Para impresionar a la autoridad, les había dicho que era hijo del suboficial mayor Horacio Ireneo Chaves.

—Pero vos tenés otro apellido —me dijo el comisario.

No supe explicar la situación y no me creyeron.

Una de las veces que me escapé estuve en casa con mi familia. A los tres días mi madre me llevó al Instituto de Menores Dardo Rocha, instalado en el predio del Hospital Gutiérrez. En el mismo sitio estaba el Instituto Joaquín V. González de señoritas, allí también estaba internada mi hermana mayor. Siempre me las ingeniaba para rajarme. Del Dardo Rocha me escapé y me fui caminando al Juzgado de Menores, que estaba frente al Hipódromo, quería hacerle un pedido al juez. Al traspasar el portón de rejas vi una planta de mandarinas en el jardín y corté algunas. Un guardia me detuvo.

—¿Qué andás haciendo por acá? —me preguntó.

—Vengo a ver al doctor Sambuzetti —contesté.

El juez me recibió y me dijo:

—Te escapaste, venís al juzgado y me robás las mandarinas, ¿qué pasa con vos?

—No las robé, tenía ganas y las agarré. Además, no quiero estar encerrado —le contesté.

—Es tu madre la que decide, yo solo te ubico en el lugar posible —me dijo el juez.

Me trasladaron al Hogar Social de Olavarría, allí estuve dos días y me llevaron al Instituto de Abasto. Estuve también en La Mecánica y en el Almafuerte de calle 1 entre 59 y 60. De allí me escapé dos veces. Una salté por una ventanita, la otra me fui por el portón principal. Había observado que por la mañana temprano venía el lechero y le abrían. Ese día me levanté antes que todos, me vestí y me escondí cerca de la salida, cuando pasó el lechero aproveché que dejó la puerta entreabierta y salí caminando. No sabía la dirección de casa ni cómo llegar. Me acordaba que el colectivo 7 pasaba cerca de mi domicilio. En la calle me crucé con un micro de la línea 7 y lo seguí por detrás. Cuando el micro arrancaba y tomaba velocidad no me daba para correr a su lado. Esperaba otro y lo acompañaba un trecho. Así, me fui acercando a Los Hornos, pasé por delante de mi casa, pero no entré, sabía que mi madre me iba a devolver y me fui solo para el Instituto Dardo Rocha.

Fueron muchas las veces que me escapé, de Abasto cinco, del Dardo Rocha una sola vez. También me pianté del Almafuerte, del Piria y del Huérfanos de Policía. La última fuga fue de Abasto, esta vez con ayuda. Una mañana el celador me dice:

—Nahuel, hay un hermano tuyo que quiere verte.

Me pareció raro, era miércoles y las visitas eran el fin de semana. Además, mis hermanos no venían nunca. Me encontré con Hugo, el mayor por parte de mi madre. Me costó reconocerlo, hacía mucho tiempo que no lo veía.

—Ya no sabés ni quién soy —me dijo. Se acercó y me susurró al oído:

—Si querés fugarte te ayudo.

Era botellero, andaba con un carro tirado por un caballo flaco.
—Yo hago que me voy y cuando esté arriba del carro salís corriendo y nos escapamos —me dijo.

A una cuadra de donde estábamos había una tranquera. El sector del Instituto donde me encontraba daba sobre 520 y 223, es lo que se llama Villa Legarra. Un par de internos que oficiaban de guardianes rondaban el lugar. Cuando vi a mi hermano sentado en el pescante del carro salí corriendo, pasé la tranquera de un salto y me trepé al rodado. Tenía trece años y estaba entrenado para correr. Los que vigilaban me siguieron hasta la calle y Hugo los espantó haciendo chasquear el arreador sobre sus cabezas. Nos fuimos al galope y al pasar por la Comisaría de Abasto me escondió entre las bolsas. Estuve un tiempo viviendo con Hugo. En otro momento estuvimos todos juntos, mi madre, mis hermanas y hermanos en la casa de calle 140 y 56. También



estuvimos en una casilla que el Viejo montó en el terreno de un amigo. El hombre, de apellido Cordero, tenía su morada en 23 entre 71 y 72 bis. Otro lugar donde paramos fue en Villa Elvira. El Viejo tenía un terreno pegado a la casa de otro amigo, el *Negro* Ballestero. Era una prefabricada más grande que las otras, tenía tres habitaciones, cocina comedor y baño.

La charla de los dos hermanos bajo la sombra de una parra transcurría amena. Leónidas aprovechó una pausa y tomó la palabra:

Fueron años duros Nahuel. Para la época de tu primer encierro el Viejo estaba preso, primero en Olmos, después en el Penal Militar de Magdalena. Como si esto fuera poco, le quitaron el sueldo, el grado militar y le prohibieron el uso del uniforme. Los más grandes de nuestro grupo familiar, varones y mujeres, tuvimos que salir a trabajar para sostener la olla, crecimos de golpe. Cuando lo trasladaron a Magdalena, íbamos los fines de semana a visitarlo con mi madre. Como éramos muchos y no daba el presupuesto para viajar todos, nos peleábamos entre hermanos para ver quiénes concurrían.

Había cariño por el padre, pero también nos gustaba ir, porque en la cárcel se comía mejor que en casa.

Magdalena era un penal militar construido durante el segundo gobierno de Perón e inaugurado por los peronistas en 1955. En ese lugar estaban detenidos altos oficiales de las Fuerzas Armadas, lo más granado de los mandos, quienes se habían mantenido leales al gobierno constitucional. En ese momento era como un penal cinco estrellas. En el mismo año que cayeron presos, Horacio padre con dos compañeros del presidio organizaron una fuga. Tenían planeado irse el 31 de diciembre, en medio de las sirenas y cohetes que despedían el año 1956. Complotado con el suboficial principal Raúl Baglione y el cadete de Penitenciaría Eduardo Zabala, limaban los barrotes de noche, los cubrían con chocolate y lo pintaban de gris durante el resto de la jornada. Un día antes de la fecha fijada, a Horacio padre lo castigan con un encierro riguroso.

“Váyanse ustedes porque yo, tengo para rato” les mandó a decir.

La fuga fue un éxito, retiraron los barrotes limados, se arrastraron por el campo y cortaron el alambrado perimetral con un alicate. En la oscuridad los esperaba la mujer de Baglione con un

taxi, también complotado. El vehículo los dejó en la puerta de la Embajada de Brasil, en Capital Federal. El embajador llamó a la Cancillería y esta se comunicó con el Penal de Magdalena. Recién allí el director se enteró de la evasión.

En esa oportunidad a Horacio Chaves lo indagaron y contestó que no sabía nada. Como castigo lo trasladaron en un avión, esposado y con una fuerte custodia, al penal de Río Gallegos, en la provincia de Santa Cruz. La estada en esa cárcel fue breve. A pocos meses de llegar se produjo otra fuga. Los hombres más odiados y calumniados, después de Perón, por la prensa de la Revolución Libertadora, pasaban sus días en la cárcel sureña. Estaban allí Pedro Gomíz, secretario general del Sindicato Petrolero del Estado; José Espejo, ex secretario general de la CGT; Jorge Antonio, presidente de Mercedes Benz Argentina; Guillermo Patricio Kelly, jefe de la Alianza Libertadora Nacionalista; Héctor Cámpora, presidente de la Cámara de Diputados y John William Cooke, diputado nacional, quien fuera delegado personal de Perón.

Muchos años después, una tarde paseando por Buenos Aires, Leónidas se topó con Sebastián Borro, el mítico dirigente que encabezó la toma del Frigorífico Nacional Lisandro de la Torre en el 59. No podía dejar pasar la oportunidad y le preguntó sobre la fuga. Sebastián se tomó un tiempo pero contestó. Las cosas, según él, fueron así: el grupo de dirigentes presos en el sur del país, entre sobornos y complicidades, convencieron a la autoridad del penal y en la madrugada del 18 de marzo de 1957 partieron con el jefe del Penal para la localidad chilena de Punta Arenas. Quedó en el pabellón otro grupo de presos que no fueron de la partida, entre ellos estaban los delegados Benigno Parla, de Ferroviarios; Manzo, de los Tranviarios y Mateo Hernández, de Luz y Fuerza. Los dos últimos del Partido Comunista. También se encontraba Eusebio Zapata, que afectado por una dolencia

estaba internado en la enfermería. También quedaron en el penal Horacio padre y el propio Sebastián Borro.

El director del Penal de Río Gallegos, que era chileno, una tarde reunió a su gente y les dijo: “Esta noche no me voy a quedar, duermo en casa porque me siento mal del estómago”.

A los guardias no les pareció extraño, más conociendo su afición por el alcohol. Amparado por la oscuridad de la noche, hizo salir de a uno a los presos. Cerró la cárcel con llave, verificó que la guardia exterior estuviera apostada y partieron hacia Chile en su propio auto. Antes de irse, cada uno de los prófugos hizo un manojito de ropa sobre la cama simulando una persona durmiendo y lo tapó con la frazada. Recién al otro día, con el relevo de la guardia se dieron cuenta de la fuga. El problema fue que el jefe del penal se llevó las llaves y no podían sacar a los detenidos que quedaron en los calabozos. Fueron periodistas de todo el país y del extranjero. Es posible imaginar el revuelo que se armó. Tras la huida, cuando les tomaron declaración a los que quedaron, todos guardaron silencio, dijeron que estaban durmiendo y que no vieron nada. De allí los trasladaron. A Horacio padre lo llevaron al Penal de Rawson, donde estuvo un poco más de cinco meses.

Durante un tiempo, Nahuel acompañó a su padre en la clandestinidad. Suboficial mayor, retirado del Ejército y hombre de la Resistencia, lo perseguían por peronista. Ajetreado, con una vida amorosa complicada, mantenía dos casas. Si cuando estaba en libertad esta situación era complicada, estando preso fue caótica. Cada grupo familiar se las arregló como pudo. Sin embargo, según el relato de sus hijos, mantuvo la comunicación con ambos núcleos familiares. De ese trasiego el más chico, cuenta:

Estábamos escondidos en el barrio de Los Hornos. El Viejo levantó una casilla sobre la avenida 60 al fondo, al borde del descampado. Pasábamos el día en la habitación espionando por las rejillas de la celosía para no dejarnos sorprender. Como la casa estaba en un baldío, por la noche se veían las luces desde lejos, especialmente si abrían la puerta para salir. Para evitar esto, papá construyó una puerta secreta que se abría y se cerraba desde adentro, era muy chiquita y daba a los fondos. Una tarde, cuando comenzaba a esconderse el sol, escuchamos ruidos. Hablando bajito me dijo:

—Salí por la puertita del fondo y fijate qué pasa.

Volví con novedades, a lo lejos se veían avanzar pequeñas luces que formaban un semicírculo amplio. Sin apagar las lámparas y con lo puesto nos fuimos de la casa por la salida de emergencia. Caminamos normalmente para no despertar sospechas y nos escondimos en un monte de tala cercano. Desde allí podíamos apreciar lo que pasaba en los alrededores. Al rato, un carro de asalto de la Bonaerense se detuvo bruscamente frente a la casa, descendieron policías armados con carabinas Máuser y entraron pateando la puerta principal. Como no encontraron a nadie, se fueron. Dejamos pasar un rato y volvimos a la casilla. Juntamos las pertenencias en un bolso, terminamos de vestirnos y rumbo a la casa en busca de otro refugio. En otra oportunidad, papá apareció con un brazo enyesado.

—¿Qué te pasó Viejo? —le pregunté.

—No te preocupes, me quebré un dedo, no es nada.

Cuando salimos de la casa donde estábamos, sin que nadie pudiera verlo, de un tirón deslizo el yeso hacia adelante dejando al descubierto la mano que empuñaba un Smith & Wesson calibre 38 de seis luces.

Horacio padre, como cientos de peronistas, pasó una pila de años perseguido y encarcelado. Condenado a ser fusilado en el 56, salvó la vida por minutos. Fue detenido y encarcelado durante el gobierno de facto del general Aramburu y después durante los gobiernos radicales de Arturo Frondizi y de Arturo Illia. También lo encerraron durante las dictaduras del general Onganía y las que le continuaron hasta 1973. Fue torturado pero nunca contó nada a sus hijos, era incapaz de trasladar el dolor a su familia. Los vástagos se dieron cuenta de lo mal que la había pasado por las marcas que tenía en el cuerpo y por los relatos de sus compañeros. Los hombres de la Resistencia tenían un espíritu espartano, hacían un culto del valor. Sumando los distintos períodos, estuvo en total cuatro años y medio preso, otro tanto clandestino y dieciocho años proscrito. En ningún momento dejó de alentar y preocuparse por el estudio de sus hijos, tampoco de las lecturas.

Siempre que se encontraban los hermanos había tiempo para hablar de Horacio padre. No fue un día, ni un año, ese diálogo se alargó en el tiempo y persiste hasta hoy.

Cuando el Viejo estaba empleado en el Taller de la Casa Volcán —cuenta Nahuel— donde arreglaban cocinas y estufas, me anotó en la Escuela 65. El lugar donde cursaba estaba en 8 entre 66 y 67, cerca de su trabajo. Allí pasé tercero y cuarto, tenía 11 años. El Viejo persistía en que terminara el primario, ya estaba grandecito. La maestra lo llamó un par de veces por mi conducta, hablaba mucho. La segunda vez fue porque me había peleado con dos chicos de otro grado. Al taller de Volcán, dos por tres venía Rolando de visita. El *Ruso*, como le decían, era otro de los hijos del Viejo que trabajaba cerca, en un galpón donde arreglaba heladeras. Me decía: “Negro, cantate un tango”.

Yo tenía buena voz y me conocía de memoria varias letras. Me paraba en una banqueta y arrancaba. Él se ocupaba de pedirles monedas a los presentes y me las daba. En ese tiempo era que el Viejo andaba con el yeso en el brazo. Me acuerdo que en esos días habían matado a Kennedy, el presidente de Estados Unidos. A principios de los sesenta estuvo preso otra vez pero de eso me enteré mucho tiempo después, en el momento pensé que solamente andaba rajado. No lo vi por más de un año. Lo había entregado un ex compañero de celda que compartió la estadía en la Penitenciaría Nacional de Las Heras.

Con tantas vicisitudes vividas, el más chico de los dos hermanos no pudo terminar la escuela primaria. Es albañil de oficio y un apasionado lector. Conoce casi toda la literatura épica que leía su padre y sobre esas lecturas cuenta:

Empecé a leer desde chico y leía todo lo que me llegaba por mano del Viejo. Primero fueron algunas revistas: *Patoruzito*, *El Tony*, *Rico Tipo*, *Fantasia*. Después fui intercalando las lecturas con algunos libros. Me devoré los 18 tomos de la enciclopedia

Lo sé todo y las novelas de Corín Tellado. Por mis manos pasó la historieta *El Eternauta*, de Héctor Germán Oesterheld y libros como *Quo Vadis*, de Henryk Sienkiewicz; *Espartaco*, de Arthur Koestler, *La tierra hueca*, de Raimond Bernard, *El Principito*, de Saint Exupéry, *El tercer ojo*, de Lobsang Rampa y otros que ahora no me acuerdo. Una de las cosas que más me gustaba era ir a ver películas con el Viejo, él y yo solos, en la clandestinidad o en los momentos de tregua. Íbamos al cine Belgrano, cuando cambiaban el programa estábamos ahí sentados en las butacas, pasaban tres películas por función.

En esas escapadas fuimos a ver *En cualquier lugar de Europa*, una película húngara; *Espartaco*, con Kirk Douglas; *Los 300 héroes*; *El Álamo*, dirigida y protagonizada por John Wayne; *El infierno es para los héroes*, con Steve Mc Queen, o *Por quién doblan las campanas*, con Ingrid Bergman y Gary Cooper.

Parece que ese hábito de leer se expandió por la familia. Lo mío no fue muy diferente —dice Leónidas— yo empecé a leer literatura en la biblioteca del Viejo, un armario que tenía cerrado con llave. Cuando él salía, buscábamos la llave y accedíamos a los libros. De esa biblioteca leí *El figón de la reina patoja*, de Anatole France; *El juguete rabioso*, de Arlt; *El hombre que está solo y espera*, de Scalabrini Ortiz y *El mundo es ancho y ajeno*, de Ciro Alegría. Conocí autores como Emilio Salgari, Fedor Dostoievsky y también disfruté de novelas policiales y de ciencia ficción, publicadas en las colecciones de Rastros, el Séptimo Círculo y los Cuentos del más allá. Una vez, cuando tenía dieciocho años, lo visité en la cárcel de Caseros y me contó que estaba leyendo *El peregrino de las estrellas*, una novela de Jack London. Tiempo después compré el libro y no pude leerlo. Lo compré dos veces más y por diferentes circunstancias tampoco

pude. En los noventa, revolviendo en una librería de viejo, lo encontré y me lo llevé. El relato me sumergió en la historia de un condenado a muerte, que en una situación límite de encierro, logra separar el cuerpo del alma. Liberado el espíritu, logra viajar en el tiempo recreando otros cuerpos que habitó a lo largo de la historia. Sueños de presos emancipados.

En un momento, Nahuel retoma la palabra y encara a Leónidas:

—Decime, ¿vos sabés por qué te pusieron ese nombre?

—No, contame.

—Tiene que ver con la batalla de las Termópilas. Según se cuenta en el libro *Los 300 héroes*, en el año 480 antes de Cristo las fuerzas griegas aglutinadas por Esparta cerraron el paso de las Termópilas para evitar el avance del ejército Persa que era superior en número y armamento. Era una fuerza de 250 mil hombres contra 7 mil aliados conducidos por un ejército de élite de 300 espartanos. Los griegos detuvieron a los persas durante siete días y finalmente fueron vencidos. La heroica resistencia fue liderada por Leónidas, Rey de Esparta.

—Mi madre me contó otra historia. Decía que mi padre me quería poner Espartaco de nombre y ella no estaba de acuerdo. Lloró una semana y en ese tire y afloje al final transaron con Leónidas. Hermano, vos naciste en el año 1951 y te pusieron de nombre Horacio Nahuel. A nuestro hermano que había nacido en el 38 y al que mataron con el Viejo, le pusieron Horacio Rolando. Todo porque papá se llamaba Horacio Ireneo. Esto de los nombres y las lecturas parece una comedia de enredos. Me pasa todavía, que muchos conocidos al saludarme me dicen: “Chau Horacio”. Tengo presente que esa confusión tiene un fuerte componente de cariño, pero yo soy otra persona. Nadie

lo hace por maldad, pero no deja de ser un mandato pesado. No se puede andar por la vida cargando la mochila de otro, aunque ese otro sea tu padre. Nosotros fuimos once hermanos, cuatro mujeres y siete varones. Digo fuimos, porque hay cuatro que ya no viven. Ahora constituimos una familia ensamblada, nos visitamos cuando queremos y podemos.

Según nuestro hermano José, siempre preocupado en indagar sobre el pasado familiar, estos enredos con el apellido que se nos presentan a menudo, tienen que ver con el origen errático de nuestra familia. Por el lado de mi vieja conocemos que su madre se llamaba Feliciano Vaninetti y era pelirroja. Nació el 14 de febrero de 1882 y falleció a los sesenta y nueve años. Del padre de mi vieja hay poca información. Feliciano era parte de una familia de inmigrantes italianos oriundos de Lombardía que se radicaron en La Plata. Los hermanos de la abuela eran Marcos, José, Juan, María, Magdalena y Josefa, todos nacidos aquí. Por el lado del Viejo sabemos que somos mestizos, una abuela riojana, rubia y de ojos claros y un abuelo indio, sobre esto no tenemos dudas. Lo demás está por verse.

La abuela firmaba Delicia Grimaldina Antonia Chaves de Chaves, nadie nos explicó nunca esa coincidencia. La madre del Viejo, casada con un primo o enamorada de un descendiente de los pueblos originarios de América que, al documentarse, se puso el apellido de quien lo empleaba. Suponemos que Delicia después de la trágica muerte de su marido, agarró a sus críos

Mercedes, Catalina y Arturo y partió hacia Buenos Aires con su embarazo a cuestas. Había que tener valor en esa época para tomar esa decisión. Podríamos suponer también que Delicia después de la defunción de su esposo se enamoró de otro hombre y quedó preñada. Viuda y embarazada no daba en ese tiempo para quedarse en un pueblo. Estas son solo suposiciones, pero no sabemos.

La abuela era modista y crió a sus hijos confeccionando ropa. Los cuatro pasaron por el secundario. De la mayor sabemos poco; Arturo se empleó en un banco y con los años llegó a gerente; Catalina estudió para obstétrica y trabajó en un hospital de Capital Federal. El Viejo, con el cuarto año aprobado del secundario, se incorporó a la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral de Campo de Mayo. En la Capital vivieron en el barrio de Once, calle Azcuénaga 570. En el primario el Viejo iba a una escuela del Estado cerca de su casa. Delicia era riojana, estaba casada con Eliseo Chaves.

Sobre la vida y la muerte del abuelo hay dos versiones que circulan en la familia. Una dice que se trataba de un hombre de sangre india, nacido en Chile, tropero de oficio. Se ganaba la vida cruzando ganado para el otro lado de la frontera. Iba y venía por los pasos de la cordillera. Se dice que murió en un enfrentamiento. La otra versión la contó nuestra tía Catalina. Relata que Eliseo era abogado, morocho, de ascendencia india, que ganó un pleito y cobró mucha plata. Lo envenenaron con una empanada y se adueñaron de todo el dinero que había ganado.

Dos historias diferentes, pero ambas pueden ser ciertas. Podrían ser dos personas, una el esposo de la abuela y la otra el padre del Viejo. En casa nunca hubo una foto del abuelo Eliseo, su vida fue y sigue siendo un secreto de familia.



Desde que los hermanos habían decidido ponerle fin a ese secreto a voces pudieron hablar entre ellos. Esta apertura había sucedido hacía unos cuantos años, pero las historias de Horacio padre no se agotaban. La figura del progenitor se moldeaba mientras iba creciendo esa nueva relación familiar, que todos los hermanos, cada uno a su tiempo, alimentaba. En otras circunstancias, hacía tiempo, Nahuel había ido a la casa de su hermano para ayudarlo con la reparación del techo. En un descanso, mateando en la mesa de la cocina, retomaron el diálogo. El relato no respetaba una secuencia ordenada. Construían la memoria con las imágenes que cada uno necesitaba y rescataba en ese momento.

Cuando vivíamos en las casitas del Regimiento 7 —cuenta Leónidas— previo a las fiestas, mamá y papá nos preguntaron qué queríamos para los Reyes. Eso fue en los años cuarenta antes que nacieras vos, Nahuel. Con mis hermanos lo teníamos resuelto. En ese momento éramos siete viviendo en una de las casas que daban sobre la calle 54, pegadas al Regimiento. Queríamos

un caballo para todos, un caballo de madera no, uno de verdad. La mañana del 6 de enero nos levantamos y en el pequeño patio de cemento había un enorme caballo. No sé de donde lo había sacado, suponemos que lo pidió prestado en el Cuartel. Al tercer día, el Viejo dijo que había que trasladarlo al campo para que coma mejor y se lo llevó.

Otra mañana se levantó temprano, le tocaba hacer guardia. Había caído un diluvio bárbaro y el barrio como siempre estaba inundado. Se puso el uniforme, las polainas de cuero y la gorra de suboficial. Se montó en un par de zancos, de esos que se usan en los circos y se presentó en la guardia del Regimiento 7. El oficial de turno no pudo contener la risa. Tenía un gran sentido del humor.

El Viejo dibujaba muy bien, siempre que podía hacía algo. En su adolescencia había trabajado en la mueblería Maple de Buenos Aires y pasó por el taller de diseño. En una oportunidad estaba dibujando esqueletos humanos y necesitaba un modelo. Un soldado que estudiaba medicina, le consiguió uno prestado en la Facultad, seguramente el colimba se ligó unos días de franco. Como no encontró un lugar apropiado para guardarlo lo colgó del caño de plomo de la cisterna. Cuando uno se sentaba en el inodoro, por detrás colgaba el huesudo. La familia se acostumbró. El caso es que un día Barayo, el diariero que venía todos los días, pidió permiso para pasar al baño. Entró y salió a los gritos del susto que se llevó. Nunca más traspasó el umbral de la casa. Barayo decía: “Este Horacio, siempre el mismo loco”.

En otra oportunidad, cuando ya nos habíamos mudado de las casitas del Regimiento, volví del colegio y me estaba esperando el Viejo en la puerta de casa. Junto a él se encontraba mi tío Juan, que vivía frente a la Escuela 64. Cuando me acerqué para saludar, el Viejo me preguntó:

—¿Vos te peleaste hoy a la salida del Colegio?.

Primero dije que no, pero ante las evidencias que expuso mi tío, no podía seguir negando y dije que sí.

—¿Cómo saliste? —me preguntó papá.

—Lo cagué a trompadas —le dije.

—Bueno, tomá plata, andate al cine.

Mi tío Juan no vino más con alcahueterías. A nosotros, como buen milico, nos crió con criterios militares, premio y castigo. Con las hijas mujeres fue muy severo. A la hora de predicar conservador en sus costumbres, pero no era lo que practicaba. Después que cayó preso la primera vez, se volvió más comprensivo, cambió mucho. Por años lo visitamos en la cárcel y en la clandestinidad. Estuvo preso en distintos períodos, un total de cuatro años y medio. Mucho tiempo más la pasó perseguido. Fuimos al penal de Olmos, a la cárcel militar de Magdalena, a Las Heras, a Villa Devoto y a Caseros. No nos dieron los recursos para ir a Río Gallegos y a Rawson. Creo que en esa situación de apremio sintió con fuerza que nos necesitaba, tanto como nosotros lo necesitábamos a él.

Se acercaba el primero de abril de 1957, fecha en que nuestro padre cumplía 49 años. Mi vieja propuso mandarle una torta al presidio de Rawson. Hablamos con un vecino de apellido alemán que trabajaba en la confitería París y le encargamos un bizcochuelo que pudiera aguantar el viaje. El hombre se esmeró preparando una masa consistente y la decoró como para un aniversario. Mis hermanos me dieron la tarea de ir al Correo de La Plata y enviar la encomienda. Cuando me preguntaron si la mandaba por avión dudé y dije que no. En esos años los caminos al sur no eran buenos y el transporte era escaso. Conclusión, el envío salió por barco. Tardó tres meses en llegar. Cuando la recibieron en la cárcel, el Viejo no estaba, lo habían puesto en libertad. La encomienda volvió al remitente. A los seis meses la caja estaba en casa, algo abollada pero con la torta entera.

La pusimos sobre la mesa y la comimos.

Durante el gobierno de Arturo Frondizi —dice Nahuel— al Viejo lo buscaban. Estábamos escondidos en casa de Lombardi, un compañero que vivía en City Bell. El Viejo estaba alerta. Se pasaba el día mirando por las rendijas de la persiana y por la noche dormía en el entretecho. Se había fabricado un espacio en la baulera donde entraba acostado, descansaba con una pistola Luger Parabeluz sobre el pecho, por si las moscas.

Es muy cierto lo que contás —afirma Leónidas— el Viejo tenía afición por las armas. Bueno, era militar. En el cuartel durante muchos años fue instructor de tiro. Cuando se retiró en el 49 siguió siendo instructor, tenía permiso para portar armas. La Luger se la había regalado un armero de la Policía cuando prestó servicio en la sección balística. El arma de puño reglamentaria en el Ejército era la Ballester Molina calibre 45. Con esa pistola nos enseñó a tirar a los hijos varones mayores.

En otra oportunidad, el Viejo estaba guardado en una casa ubicada en Martínez, provincia de Buenos Aires -cuenta Nahuel- allí estuvimos viviendo con mi vieja casi un mes. Papá salía por la mañana temprano y volvía a eso de las seis de la tarde. Había conseguido una changa de pintor, por lo menos eso era lo que decía. Me acuerdo que era invierno, yo tenía 6 o 7 años.

Un fin de semana viajamos para visitar a un compañero del Viejo que vivía en City Bell. De regreso tomamos el ómnibus Río de la Plata. Cuando bajamos en Constitución, un grupo de policías de civil se le tiró encima. El comisario De Tomás que

venía al frente de la partida le gritó: “Quédate quieto *Negro*, estás rodeado”.

El Viejo venía armado, metió la mano en la sobaquera, pero no había lugar para nada. En ese tiempo, para que no lo conocieran en la calle usaba bigote con una barba corta y se había teñido el pelo de castaño claro. El Viejo quedó detenido y nosotros nos volvimos a La Plata.

Horacio padre se enteró después que el comisario De Tomás había pedido ir personalmente a detenerlo. Se había enterado que pensaban fraguar un enfrentamiento y liquidarlo, fue para salvarle la vida.

Hoy esta historia suena poco creíble, pero en aquél tiempo sucedía.

Leónidas recuerda lo del comisario De Tomás:

Con el tiempo pudieron confirmar el valor de esa amistad. El hombre había sido soldado del papá en el Regimiento 7 y lo apreciaba. Durante el gobierno de facto del general Onganía, al Viejo lo detenían cada dos por tres. Antes del 17 de octubre y del primero de mayo, lo metían preso unos días y después lo largaban. De Tomás en ese momento estaba a cargo de la Comisaría 5ª y cada vez que lo tenía que apresar le mandaba un vigilante en bicicleta que le avisaba: “Don Horacio, dice el comisario que se vaya porque viene a buscarlo”.

En otra oportunidad, cuando fue muerto el dirigente metalúrgico Augusto Vandor, en junio del 69, se realizó una redada en todo el país. Al Viejo lo fueron a detener a su casa y se lo llevaron. Cuando salían, un policía que se quedó retrasado, le

dijo a uno de los presentes: “Vayan a avisarle a Leónidas que vive en Gambier que se vaya de la casa porque vamos a buscarlo”.

Uno de los hermanos logró alertarlo y zafó.

Horacio padre participó del levantamiento del 9 de junio de 1956 y con un grupo de suboficiales tomaron el Regimiento 7. Actuaban bajo el mando del teniente coronel Lorenzo Cogorno. Después que el jefe del alzamiento diera la orden de retirada, él se quedó y lo detuvieron. Estaba en la lista para ser fusilado, era el militar detenido de mayor grado después de Cogorno. Ya lo había confesado el cura, pero una orden de frenar los ajusticiamientos lo salvó. El grupo de suboficiales que se organizó para tomar el Regimiento 7 más que armas tenían coraje. Los fierros los iban a tener cuando coparan el Regimiento. Los que estaban adentro tenían sus armas reglamentarias y los que saltaron desde afuera llevaron lo que consiguieron.

Horacio y el sargento primero Delfor Díaz saltaron el mura-llón por una de las casitas lindantes al cuartel, donde vivían los suboficiales. Los dos portaban un 38. Delfor había sido separado del Ejército hacía pocos meses por peronista, Horacio estaba retirado desde hacía diez años, ni siquiera tenía uniforme. Para impresionar en el asalto al cuartel, tomó un arma de juguete que tenían sus hijos. El chiche era una réplica de la ametralladora

Thompson, utilizada por Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. La pintó de negro mate y el día de la sublevación entró al cuartel con la Thompson trucha cruzada sobre el pecho. Después de muchos años de lo sucedido uno de sus hijos, Eliseo, contó que cuando le tocó realizar el servicio militar en 1963, lo alistaron en el Regimiento 7 de Infantería. Un día reunieron a toda la tropa en la Plaza de Armas y los juntaron para escuchar una arenga antisubversiva. Habló un oficial que, entre otras cosas dijo:

—No se vayan a creer que se puede tomar un regimiento con una ametralladora de juguete.

Eliseo sintió que el mensaje lo interpelaba.

Al teniente coronel Lorenzo Cogorno, jefe del alzamiento del 9 de junio de 1956 en La Plata, lo fusilaron en la Plaza de Armas del Regimiento 7. El segundo en la lista era Horacio. Le tocaba en ese orden por ser el militar detenido con mayor grado después de Cogorno. Horacio estaba retirado del Ejército con el grado de suboficial mayor. Ya lo había confesado el sacerdote y como último deseo pidió ver a su familia.

Un soldado fue a buscarlos a casa, recuerda Leónidas. Ellos vivían a solo siete cuadras del Cuartel. Fueron caminando en fila por la acera de la calle 54, la vieja y los ocho hijos. La calle estaba desierta, los vuelos rasantes y los ametrallamientos de los aviones *Gloster Meteor* sobre el cuartel, obligaron a los vecinos a refugiarse en sus casas. Todos los vecinos los conocían, pero nadie se animó a salir. Observaban el paso de la familia en silencio, parados detrás de los visillos de las ventanas. Llevaron a Horacio padre a la guardia, estaba con un uniforme verde oliva poco ortodoxo, borceguíes y pantalón del Ejército, y una chaqueta de la Infantería de Marina que el hermano mayor había usado en el servicio militar. Se acercó a nosotros sin cinturón y sin cordones de los zapatos. Nos dio un beso a cada uno y se

apartó para hablar con la *China*, como cariñosamente llamábamos a nuestra madre. En ese momento los hijos no teníamos la menor idea de que ese era el beso de despedida.

Había cumplido todo el protocolo de un condenado a muerte y estaba pronto para ser fusilado.

Una orden de último momento paró los fusilamientos y zafó.

En el año 2014, cuando ya habían pasado cincuenta y ocho años de aquél acontecimiento, surgió otra versión de los hechos. Invitado por el Canal 12 de Trenque Lauquen, Leónidas fue a dar una charla sobre los bombardeos a Plaza de Mayo en 1955. En esa ocasión, lo acompañó en el panel un granadero que había defendido la Casa de Gobierno en esa oportunidad. Al final de la exposición un docente del lugar, pidió la palabra y dijo:



–Yo nací y me crié en la ciudad de La Plata. En 1956 vivía en la calle 53 y 21, casi frente al Regimiento 7, y como vecinos fuimos testigos del alzamiento cívico militar. Calmada la situación nos llegó la versión de que el suboficial Chaves se había salvado del fusilamiento por tener ocho hijos. Horacio era una persona conocida en el barrio. Corrió la versión de su pedido para despedirse de su familia y en ese acto patético se tomó todo el tiempo dando un beso a cada uno de sus hijos. En el lapso de demora premeditada se produjo la contra orden de parar las ejecuciones y salva su vida.

A Horacio padre La Triple A lo secuestró de su casa y lo asesinó junto con su hijo Rolando Horacio. Eso ocurrió el 7 de agosto de 1974. El escuadrón de la muerte estaba capitaneado por Aníbal Gordon, un asesino que trabajaba para los servicios del Ejército con el grado equivalente a coronel. Después del golpe del 76 siguió operando bajo el mando de las Fuerzas Armadas. También eran de la partida César Pino Enciso y Eduardo Ruffo. Actuaron con la protección de la zona liberada.

La Triple A era una organización paramilitar organizada y dirigida por el servicio de Inteligencia del Ejército. Estaba contemplada en el Manual de Contrainsurgencia, elaborado por oficiales franceses y argentinos. En Argelia se llamó Escuadrón de la Muerte. En Córdoba tenía el nombre de Comando Libertadores de América; en Tucumán, Comando Restaurador del Norte; en Capital y provincia de Buenos Aires Triple A. Aníbal Gordon era el responsable de más de mil muertes. Falleció en la cárcel, se llevó toda la información que tenía. Fue el jefe del Centro Clandestino de Detención “Automotores Orletti”, ubicado en el barrio de Flores en la ciudad de Buenos Aires.

Leónidas retoma el relato y cuenta que después de pasar por la casa de los viejos, la patota fue para la vivienda de Carlos Ennio Pierini, a quien secuestraron a punta de pistola y lo asesinaron. Tenía 53 años. Pierini era un hombre de la Resistencia Peronista, en 1946 había sido uno de los fundadores del Sindicato Petroleros del Estado. Su mujer, *Pirucha*, había contado a Leónidas que cuando se fueron de la casa, llamó a la policía y fue una comisión de la Novena.

—Quédese tranquila —le dijeron— los que se llevaron a su marido eran policías.

Encontraron huellas de zapatos sobre el piso, las pisadas eran de barro y pasto con grandes manchas marrones

—Esto es sangre —señalaron—, venían de matar a los Chaves.

La policía les devolvió las pertenencias del Viejo, el reloj pulsera, un carnet y papeles que tenía en los bolsillos. El documento de identidad nunca apareció. Era el comprobante de la muerte, lo presentaban en ventanilla y cobraban.

Nahuel recuerda que el día que lo mataron al Viejo tenía 23 años. Serían las siete de la tarde, él venía caminando por la avenida 137 en Los Hornos y vio doblar por 69 una caravana de coches. Eran tres Ford Falcon, uno de ellos color celeste. Iban en dirección de la casa donde vivían Leónidas y su familia. El padre lo había alertado, pero nunca imaginó lo que iba a pasar.

En ese entonces, cada uno de los grupos de hijos del Viejo sabía de la existencia del otro, pero no tenían relación. Su papá tampoco pretendía juntarlos. La existencia de dos familias del mismo padre, era como todo secreto de familia, un secreto a voces. Los comentarios de los vecinos sobre el grupo de civiles armados era que se habían metido de mala manera en la casa donde antes vivía Leónidas, amenazaron al nuevo inquilino y a

su familia. De allí se fueron para calle 136 entre 69 y 70, a una casa frente al Centro de Fomento, Cultural, Social y Deportivo Estrella del Sur. Era el domicilio de un vecino de apellido Chávez, pero que nada tenía que ver con el que buscaban. Lo apretaron fiero y como no pudieron dar con Leónidas y su familia, se fueron profiriendo amenazas.

La noche del 7 y madrugada del 8 de agosto los sicarios buscaron otras víctimas. Fueron a la casa de la profesora Reina Diez, ex decana de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata que, por suerte, no estaba en su casa. El día anterior Luis Alberto Macor fue secuestrado de su domicilio. Su cuerpo fue encontrado acribillado en el camino a Punta Lara, próximo al arroyo El Gato. Macor, recién recibido



en la Escuela de Periodismo de la UNLP, oriundo de Catamarca, estaba militando en la Juventud Universitaria Peronista y en Montoneros.

En octubre de 2012 una comisión integrada por la Asociación Memoria Fértil y otras agrupaciones, realizaron un acto en La Plata, para imponer el nombre de Horacio Chaves a la avenida 53, en el tramo que va de 20 a 23. Uno de los que habló ese día fue José, otro de los hijos de Chaves. Era la primera vez que hablaba en un acto público y entre otras cosas, aportó otra mirada sobre el Viejo:

–Mi padre era un hombre multifacético, era capaz de hacer muchas cosas. Le gustaba trabajar la tierra. Era jardinero, plantó malvones en el frente de su casa, plantó jazmines, plantó claveles, su casa era un vergel. Un día era plomero y otro carpintero. Nos enseñó que teníamos que vivir la vida sin despreciar a los demás. Mi padre siempre decía que a la gente hay que entenderla como es, no criticarla. Yo recuerdo a mi padre como el hombre que leía y que nos enseñó a leer. El primer libro que nos trajo fue *El Tesoro de la Juventud*, después nos trajo *Las mil y una noches*, después a José María Eça de Queirós y a otros autores. En otro momento nos acercó las novelas policiales del *Séptimo Círculo*.

Nosotros nos familiarizamos con los libros porque nuestro padre nos inculcó el hábito de la lectura.

Aquél, fue un acto por la vida, no por la muerte, un lugar de encuentros, con lágrimas y música. Como inicio de la actividad, un grupo de jóvenes pintó un mural con la imagen de Chaves sobre la ochava de 23 y 53. En otra movida, un tropel de chicos y chicas que no pasaban de los 12 años, entre los que estaban sus nietos y bisnietos, llegaron con ramos de flores de papel y las plantaron en el césped de la rambla. Como por arte de magia creció un jardín de flores rojas que se agitaban con la brisa del viento. En el centro del cantero un cartel decía: “A pesar de la ausencia de su mano hábil, como un canto a la vida, en el jardín de tu casa siguen creciendo las flores”.

En una de esas detenciones, previa a fechas sentidas por el pueblo, al Viejo lo alojaron en la Comisaría Primera de La Plata. Una mañana lo sacaron del calabozo para hablar con un mayor de inteligencia del Ejército que vino a indagarlo.

—Chaves —le dijo— usted es un militar con una foja de servicio excelente. Valoramos su lucha pero no estamos de acuerdo con los métodos que usan. Nosotros como ustedes también luchamos contra los rojos y necesitamos de su colaboración.

—Mire oficial, yo lo único rojo que conozco es la sangre de los compañeros fusilados —le contestó el Viejo.

Allí se terminó la entrevista, continúa relatando Leónidas.

Esto había ocurrido durante la dictadura del general Juan Carlos Onganía, instalada en 1966. La inteligencia militar obraba con



calle **53** de
20 a **23**

HORACIO IRENEO CHAVES

Comisión de Homenaje / Asociación Memoria Fértil
La Plata 2012

otros métodos. Formados en la doctrina francesa de contrainsurgencia, habían puesto a la inteligencia como el arma principal en la lucha contra el terrorismo, como ellos lo llamaban. El manual decía: “El arma más efectiva para combatir la subversión no es la de mayor cadencia de fuego, es la inteligencia”.

Los servicios de informaciones de las Fuerzas Armadas tenían vida autónoma, eran como un Ejército paralelo. El jefe nacional del Batallón de Inteligencia 601 se comunicaba con el responsable de inteligencia del Séptimo de Infantería, sin pasar por el jefe del Regimiento. Estudiaban el peronismo, analizaban sus corrientes internas, sus métodos de lucha y sus formas de organización. Infiltraban y reclutaban. Necesitaban colaboradores de las propias filas de la Resistencia. Venían trabajando hacía tiempo. La división en Zonas, Subzonas y Áreas, cuadriculando el país de sur a norte y de este a oeste como forma de controlar la población, que fue aplicada en el 76, había sido creada en 1958 y utilizada secretamente durante el Plan de Conmoción Interna del Estado (CONINTES). Las Fuerzas Armadas venían acumulando experiencia e información propia, no confiaban en la Policía Federal y menos en las policías provinciales.

En el año 2008, muchos años después, en una sobremesa familiar José contó la siguiente anécdota:

Un día tocaron el timbre de casa. Salí a atender y me encontré con un hombre menudo, que miraba entre asustado y molesto, y que venía escoltado por otro hombre, alto con pinta de extraño personaje. Preguntaron por papá. Como el Viejo estaba escapado, ante la comprometedor respuesta, llamé a mi mamá. Le dijeron que querían saber dónde estaba Horacio para ayudarlo. La vieja no dijo nada y los personajes se fueron.

Una noche estábamos en el cumpleaños de mi tía Matilde, en Los Hornos y llamaron a la puerta. Era otra vez el personaje bien vestido con cara de mandamás. Cortésmente dijo que era un viejo compañero de papá, que lo habían mandado para ayudarlo a escapar y pidió que le dijeran dónde se escondía. Afirmó que estaba preparado para ir a buscarlo en ese momento y llevarlo a la Cordillera. La reunión se alteró, mamá lloraba y mi tía Matilde la acompañaba. Los hombres de la casa, los tíos Juan, Pedro y Pablo discutieron sobre si se podía creer o no al

personaje. Determinaron que era creíble con la inocencia propia de una familia que no estaba preparada para tanta intriga. Después supimos que se trataba del mayor Santiago Hoya. Pidió que alguno de nosotros lo acompañara, dijo no conocer City Bell, que era el lugar donde supuestamente estaba papá.

Me mandaron a mí a acompañarlo, tenía dieciséis años. Me acomodé en la camioneta, en el asiento trasero había otro hombre, era el mismo personaje asustadizo que atendí la primera vez en la puerta de casa. En el viaje, el mayor se encargó de hacer una perorata sobre la poca confianza que los peronistas tenían hacia los compañeros que querían ayudarlos. Él hablaba y yo miraba el paisaje, al rato llegamos a City Bell sin preguntar. Paramos justo frente a la casa de Lombardi, donde se creía que estaba papá. Mientras el mayor y el prisionero quedaban en el auto, me mandaron a golpear la puerta y hacer las averiguaciones del caso.

El dueño de casa estaba en cama convaleciente, lo acompañaba su esposa. Tengo presente la mirada del matrimonio cuando conté con quiénes había llegado. Se comportaron a la altura de los acontecimientos, hacía mucho tiempo que no veían a papá. Cuando salí, Hoya estaba espionando la casa. Dije lo que tenía para decir y el mayor entró en cólera. Se le tensaron los nervios del cuello, a los gritos decía que con esa desconfianza entre compañeros no se iba a ganar nada, que eran todos unos idiotas. Su reacción me asustó y guardé silencio. Volvimos a Los Hornos, Hoya enfurecido, el acompañante más asustadizo y callado que nunca, yo en el limbo. Me devolvieron sano y salvo. El hombre temeroso que acompañaba al mayor, tiempo después se encontró con papá en la cárcel y llorando le pidió perdón por haberlo vendido, era un compañero que había sido detenido y torturado.

El militar del cual hablaba José era el capitán Santiago Hoya, nacido en 1924 en Cruz del Eje, Córdoba, quien egresó del Colegio Militar de la Nación en 1943 y que en diciembre del 55 obtuvo el título de oficial de Informaciones. En los años 1959, 1960 y 1961, participó de la represión del Plan Conintes. Fue uno de los oficiales que recibió instrucción de los asesores militares franceses que llegaron al país en 1957. Contratados por el gobierno de facto del general Aramburu, formaron al personal en los métodos de la guerra contrarrevolucionaria.

Hoya se retiró de la fuerza con el grado de capitán. En 1970 se reincorporó al servicio activo con destino en el Batallón de Inteligencia 601 del Ejército. Su nombre de cobertura era Oscar Raúl Hornos. En 1971 estando en el 601 se desempeñó como jefe de sección. En 1973 como jefe de grupo. Después del 76 siguió prestando servicio en el Batallón 601. En 1980 con el grado de coronel estaba a cargo de una quinta en la provincia de Buenos Aires que funcionaba como Centro Clandestino de Detención. Allí, se hacía llamar Pancho o Villegas. Según consta en la causa del juez Claudio Bonadío, el capitán Hoya tenía a su cargo también otro Centro Clandestino de Detención que funcionaba en la calle Conesa. En ese domicilio estuvieron detenidos y luego desaparecidos, el padre Jorge Adur, Lorenzo Ismael Viñas, el abogado Héctor Amilcar Archetti y dos chilenos, José Alejandro Campos Cifuentes y Luis Quinchavil Suárez, militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR). También pasaron por allí, Antonio Pedro Levere y Silvia Noemi Tolchisky que luego fueron legalizados.

En el invierno del año 1957, el mayor de los hermanos, Iván, recibió una carta del Viejo, entonces preso en el Penal de Rawson. La guardó por mucho tiempo. Recién dos años antes de fallecer se la entregó a Leónidas para que pudiera leerla. Es la carta del padre que se ausenta y traspasa las responsabilidades que no puede ejercer al mayor de los hijos varones. En el 57 Iván tenía 22 años, Leónidas imaginaba el peso que le habría significado esa esquila. Allí, le pedía que le escribieran, que le compraran libros, les sugería lecturas y les pedía que visitaran al otro núcleo familiar. Iván manejó como pudo un secreto de familia nunca hablado con el padre y se lo guardó todo el tiempo respetando la confianza que había depositado en él.

Cuando Leónidas pudo leer la misiva, sintió que su hermano le traspasaba el presente que le había depositado el padre. Su muerte al poco tiempo se lo confirmó. Entre otras cosas le decía: “Querido Iván, a medida que puedas andá comprando estos libros: *Mis Gloriosos Hermanos*, *Camino de Libertad y Espartaco*, de Howard Fast. Los dos primeros si los conseguís envíamelos y el otro lo guardas en casa. Además, y estos también



para guardar: *El mundo es ancho y ajeno* (Editorial Delfos, autor Ciro Alegría); *Juan Facundo Quiroga*, de David Peña; *Fronteras al viento* (Editorial Platina, autor Alfredo Dante Gravina) y *San Martín gobernador del Perú*, de César Francisco Matera. Tratá de conseguirlos a todos que son muy buenos y muy instructivos en especial en el aspecto social”.

En una sobremesa familiar Leónidas contó que una mañana del año 2000, se había levantado temprano y viajó a la Capital dispuesto a consultar la foja de servicio de su papá. Se presentó en el Archivo del Ejército que está en el barrio de San Telmo y le dieron unas fotocopias con todo. En un bar que había en la esquina pidió un café y la leyó hasta la última página.

De la foja se desprendía que cuando cumplió dieciocho años lo inscribieron en la Escuela de Suboficiales de Campo de Mayo, eso fue el 20 de marzo de 1927. Al año siguiente egresó con el grado de cabo y lo destinaron al Regimiento 7 de Infantería de La Plata. En ese destino realizó toda su carrera militar. Se retiró de la fuerza en el 47 con el grado de suboficial mayor, tenía 39 años. Según consta en la partida de nacimiento, Horacio Ireneo nació el primero de abril de 1908 en la ciudad de Buenos Aires. Su padre fue Eliseo Chaves y su madre Delicia Grimaldina Antonia Chaves, de profesión modista. La familia era oriunda de Chilecito, provincia de La Rioja. Delicia lo inscribió en el Registro Civil de Capital Federal el 19 de septiembre de 1921. Para ese entonces había quedado viuda y tenía cincuenta y cinco años. En el acta figuran como testigos su hermano Arturo Chaves de veintinueve años y Samuel Dimentshein de veinticuatro. En ese momento la familia vivía en la calle Azcuénaga 570, barrio del Once en la Capital Federal.

Su jefe inmediato en el 7 informa: “buen desempeño, soldado ejemplar, sería mejor si cumpliera con el pago de sus compromisos. No ha dado cumplimiento a las obligaciones contraídas con el Banco Argentino Hipotecario, lo que afecta su foja de servicio. Enero de 1930, embargo de sueldo. Roitman y Cía., San José 233 ciudad de Buenos Aires. Compró un reloj de oro para hombre, un anillo de compromiso para señorita y un par de alianzas. Valor \$305, a pagar \$12 mensuales, del uno al quince de cada mes. Tiene un atraso de seis meses”.

Los hermanos se encontraban casi siempre por trabajos de albañilería que Nahuel realizaba, y en intervalos para comer o tomar mate se consumaba el diálogo. Leónidas cayó varias veces por la casa de Nahuel, con la intención de conversar. Después de hablar de la familia y comentar cómo le iba a cada uno, resurgía la figura del padre ausente. Era un tema excluyente que no dejaba lugar para hablar de ellos, de sus vidas y de sus trabajos. Ese día el hermano mayor le imprimió otra dirección a la conversación y le preguntó a Nahuel: “¿Cuándo empezaste a trabajar?”

Nahuel no perdía ninguna oportunidad para hablar con sus hermanos sobre Horacio padre. Allí les contó que uno de los primeros trabajos que tuvo fue como cadete en la Droguería CATERA de calle 45 entre 11 y 12. Llevaba remedios a las farmacias en una bicicleta de reparto. Estuvo tres o cuatro años. Tiempo después le dio una mano a sus dos hermanas y las emplearon en la Droguería. A los 14 años sacó su primera Libreta del Fondo de Desempleo. Trabajaba en una herrería, era el año 1965. La segunda libreta se la dieron en el '94, tenía cuarenta y tres años.

Cuando cumplió los veinte se metió en el oficio de albañil y estuvo diez años como peón. El oficial le decía: “Horacio, agarrá la cuchara que vas a ganar más”.

Un día se decidió. Arrancó como medio oficial y hasta el día de hoy sigue de oficial. Las primeras herramientas que compró fueron una cuchara y un fratacho. Después, con la ayuda de su mujer compró una caladora, una amoladora, un taladro eléctrico, una hidrolavadora y una máquina de pintar. Nunca quiso tener un trompito, no le gusta. Con la pala se puede preparar más cantidad de mezcla y mejor trabajada.

Con Adela están juntos desde hace treinta y cinco años. Ahora tiene sesenta y tres. Le costó hacerse de un equipo de herramientas y las cuida mucho. Siempre para de trabajar quince minutos antes de la hora, para tener tiempo de lavar las herramientas y ordenar el lugar de trabajo.

Eso lo aprendió en el oficio.

En los inicios de *El Eternauta III* el propio Héctor Germán Oesterheld, guionista de la historieta, ahora convertido en uno de los protagonistas de la trama, dice que de la tercera parte de *El Eternauta*, solo conoce el comienzo, pero ignora su desarrollo futuro. Según lo averiguado, son pocos los datos que se conocen de esta tercera parte. Se comenta que en esta versión los primeros cien cuadritos del guión fueron escritos por Oesterheld y dibujados por Solano López, después la continuaron otros. En un pasaje de la historieta un hombre de nombre Ramón, que resiste a la invasión, cae herido en un enfrentamiento con los Mefistos, robots teledirigidos que responden al invasor. A punto de morir, el resistente le dice a Juan Salvo y a Héctor Germán Oesterheld: “No conozco el nombre de ustedes pero sé que son amigos, vayan al Kiosco de la calle Callao, allí encontrarán otros integrantes de la Resistencia. Pregunten por Gonzalo Cháves la contraseña es Nahuel Huapi, díganle que los manda Ramón”.



Unas páginas más adelante, la historieta continúa contando que los protagonistas salen en búsqueda del lugar que les había indicado Ramón, finalmente llegan al Kiosco. En las viñetas, la historia continúa así:

—¿Llamamos? —preguntó Juan Salvo.

Juan golpeó dos o tres veces con los nudillos en la cortina de enrollar, pero nadie respondió. Sentí que la esperanza de encontrar seres humanos como nosotros se iba yendo. Hasta que de golpe, desde nuestras espaldas preguntan:

—¿Quiénes son? ¿De dónde vienen? ¿Cuál es la contraseña?

—Nahuel Huapi —contestamos —Nos manda Ramón.

—Vuélvase despacio. ¿Dónde está Ramón? ¿Por qué tienen las armas de los Mefistos?

—Ramón está muerto y en cuanto a las armas, las hemos robado.

Sin dejar de apuntar contra Juan y Germán, uno de los hombres armados grita: “Abre, Silvana”.

—Adelante, pasen y rápido —dice Silvana —hace un rato avistamos motovolantes.

EL KIOSCO ESTABA, OBRIVAMENTE, CERRADO. NO SE VEÍA NADIE POR ALLÍ.



¡UN GOLPEO DOS O TRES VECES CON LOS AULILOS EN LA VENTANA, PERO SINDE RESPONDIÓ. SENTI QUE LA ESPERANZA DE HALLAR SERIES HUMANOS COMO NOSOTROS SE IBA YENDO... HASTA QUE DE GOLPE...



¿QUIÉNES SON?
¿DE DONDE VIENEN?
¿CUAL ES LA CONTRASEÑA?

NAHUEL HUAPI, NOS MANDA RAMÓN.

VUELVANSE DESPACHO.



¿DÓNDE ESTA RAMÓN?
¿Y POR QUE TIENEN LAS ARMAS DE LOS MIERDITOS?

RAMÓN ESTA MUERTO, EN CUANTO A LAS ARMAS LAS HEMOS ROBADO.



PÁSEN, PERO RÁPIDO, HACE UN RATO AVISTAMOS MOTOLANTES.



UN PASADIZO SECRETO MUY INGENUOSO. DENTRO DEL KIOSCO HABÍA UNA TRAMPA QUE LLEVABA A RAMILES CERRADOS DEL SUBTERRANEO.



El relato continúa describiendo que dentro del Kiosco había una trampa que llevaba a los ramales clausurados del subterráneo de Buenos Aires. “Un pasaje secreto muy ingenioso —cuenta Germán, el narrador de la historieta—. Abajo, en los túneles del subte encontramos mucha gente. Hombres, mujeres, niños y soldados. El corazón se me alegró al verlos y también ellos parecían contentos de que nosotros estemos allí”.

—Salud amigos.

—Ramón nos dijo que buscáramos a Gonzalo Chávez ¿Dónde está? Es a él a quien vamos a ver.

En la historieta, Gonzalo Chávez era un coronel del Ejército que estaba al frente de la Resistencia.



VICILE Y MIRE A JUAN, ¿QUE PUEDE DECIR AL CORONEL CHÁVEZ? ¿QUE NO ERA EL GERMÁN OSTERHELD QUE EL CONOCÍA SINO SU DOBLE? ¿QUE VENÍA DE OTRA DIMENSIÓN DE LA REALIDAD? CIERTAMENTE QUE NO, NO ME HUBIERA CREÍDO Y ME HABRÍA TOMADO POR LOCO. JUAN VIÓ EN MI FUGA...



En 1972 se realizaron las elecciones internas del Partido Justicialista de La Plata y Horacio padre, con el apoyo de la juventud, es electo como secretario general. Siete meses después, el 17 de noviembre de 1972 regresa por primera vez al país Juan Domingo Perón, después de dieciocho años de exilio. Horacio marchó a pie encabezando la columna de la Juventud Peronista de La Plata y de la Federación Universitaria para la Revolución Nacional (FURN).

Volvió empapado, cansado por la caminata, con la libreta de enrolamiento destrozada por el agua, pero contento.

Después de que cayó preso el diálogo con el Viejo para nosotros se hizo más ameno. Hablábamos poco pero nos entendíamos. Siempre me preguntaba: “¿Vos que dibujás bien, no estás haciendo nada ahora?”

Yo le contestaba que la militancia no me daba tiempo. Creo que le hubiese gustado que siguiera pintando. Papá era muy hábil con las manos, manejaba el lápiz y el pincel con mucha soltura.

En la cárcel tallaba madera, unos animalitos que siguen estando en casa de nuestras hermanas. En la época que gobernaba el país Isabel Martínez de Perón, cuando recrudeció el accionar de la Triple A, se acusaba a todo el mundo de ser zurdo. El Viejo, que en ese momento ejercía el cargo de secretario general del PJ de La Plata, tenía un discurso que decía así:

“Había una vez un país donde se inició una campaña contra los patos, se los perseguía y pato que agarraban, pato que iba preso. Un día llegó a un país limítrofe una bandada de teros a pedir asilo. Cuando las autoridades preguntaron los motivos por los cuales solicitaban refugio, respondieron: en nuestro país hay una guerra contra los patos. Bueno, pero ustedes son teros, les dijeron. Sí está claro que somos teros, lo que pasa es que primero te detienen y hasta que demostrás que sos tero y no pato, te chupás un par de años en la cárcel, como le pasó a Carlitos Caride. Con esta campaña contra los zurdos ocurre lo mismo...”

“En abril del 65, el día que nos casamos con Amalia Ramella, el Viejo estaba preso en la Cárcel de Caseros”, recuerda Leónidas, que tampoco pierde la oportunidad para hablar de Horacio padre:

El penal ubicado en la ciudad de Buenos Aires daba sobre la avenida del mismo nombre, en el barrio de Parque Patricios. Me acuerdo bien, porque un camarada de armas, el suboficial mayor Elodio Britez se vino de Tucumán para estar en la ceremonia. El militar, junto con mi hermano Arturo, fueron hasta la cárcel y pidieron hablar con el jefe del Penal. Le solicitaron autorización para que papá pudiera asistir al casamiento. No consiguieron nada, pero lo intentaron. Eran otros tiempos, hoy el pedido suena ingenuo.

Hace poco, nuestro hermano Eliseo sacó de una caja un texto que tenía guardado. Blandiéndolo dijo: “Mirá lo que tengo. Te lo puedo prestar para que lo mires, pero no te lo vas a llevar eh...”

Tenía miedo de que se lo robara. El objeto preciado se llama *De noche bajo el puente de piedra*, un libro del escritor austríaco Leo Perutz. El autor comenzó a redactar los borradores en los

años veinte, interrumpió su labor durante la Segunda Guerra Mundial. Cuando los Nazis anexaron Austria tuvo que irse de su país por su condición de judío y continuó escribiendo en el exilio. Primero en Italia, luego en Palestina. El libro fue escrito en lengua alemana como toda la obra de Perutz y finalmente se publicó en Europa en 1953. Acervo Cultural Editores lo tradujo al español y lo imprimió en Argentina en noviembre de 1955. Un ejemplar de esa tirada guardaba mi hermano como un tesoro.

Muchas de las hojas en blanco están dibujadas por el Viejo que a medida que avanzaba en la lectura iba ilustrando el texto. No fue solamente eso lo que encontramos, adentro del libro había una ficha del servicio de penitenciaría que decía: “Cárcel de Procesados (U. 16). Sección Educación Biblioteca. Autorización. El procesado Chaves Horacio, pabellón 7 está autorizado para tener en su poder, el siguiente libro, *De noche bajo el puente de piedra*. 22 de octubre de 1965. Firma: Constante Baeza Otero bibliotecario”.

De noche bajo el puente de piedra es la historia de un amor imposible, el romance del emperador Austro-Húngaro Rodolfo II con Esther, la mujer del rico prestamista judío, Mordejái Meisl. La novela está ambientada en la judería de Praga, alrededor del año 1589. Debajo de la arcada del Puente de Piedra había un rosal que ofrecía una hermosa rosa roja. A su lado crecía un romero. Las ramas de esa dos plantas se entrelazaban de tal forma que la rosa besaba la flor blanca del romero. Esa proximidad, que posibilitaba el roce con la brisa de la noche, representaba la pasión prohibida que solo podía consumarse en sueños.

Si bien los textos políticos no entraban al Penal, las lecturas de Horacio padre en el presidio se nutrían de novelas. Leónidas no cree que haya sido sólo por ese motivo. La pila de libros que acopiaba en su casa transpiraban literatura y eran anteriores

a su incursión en política. Sus hijos se habían iniciado en esa biblioteca con Eça de Queirós, Anatole France, Jack London, Roberto Arlt, Emilio Salgari, Chesterton y otros. Siempre pensó que en el secreto de esa literatura guardada bajo llave podía estar la clave del origen de su familia por parte de padre. Una historia tan silenciada como negada.

Como ya se dijo, nunca vio una foto del esposo de su abuela, tampoco nadie les comentó nada de la vida de su abuelo, el padre de su padre. A Horacio padre lo anotaron recién cuando tenía trece años. La partida de nacimiento fechada en septiembre de 1921 dice: “Nacido el primero de abril de 1908 en la ciudad de Buenos Aires”. Los testigos frente al Registro Civil fueron su hermano Arturo, que tenía veintinueve años y un vecino del barrio del Once, de nombre Samuel Dimentshein de veinticuatro.

La madre de Horacio padre tenía en ese momento cincuenta y cinco años.

Leónidas recuerda una historia contada por su hermano José, quien rememoraba el día en que su tía Catalina, hermana de Horacio padre, fue a visitarlos desde Buenos Aires, a los ochenta años. Al llegar a la casa, se sentó debajo de un paraiso y contó: “Últimamente estoy soñando mucho, tengo imágenes recurrentes. Sueño que viajo a Chilecito en busca de la casa de mi madre, cuando estoy por llegar la vivienda se diluye. Una y otra vez pasa lo mismo, me acerco y la casa se diluye”.

Catalina finalmente no pudo más y se escapó a La Rioja. Las hijas no la dejaban andar sola, pero viajó igual.

En otra oportunidad, contó que cuando fue a Chilecito caminó en círculos concéntricos recorriendo todas las calles de la ciudad. Dió tantas vueltas que se mareó:

“Acudí a un puesto policial y expliqué mi situación, me escucharon y me acompañaron en la búsqueda con una camioneta. En una esquina me topé con una casa derruida, el corazón me comenzó a palpar, era el lugar donde yo jugaba de chica. A la vuelta estaba mi casa, fui y la encontré. La morada de mi madre



tenía una palmera alta en el jardín. Quedaba al lado de un caserón con nueve puertas”.

No se había equivocado, ahí estaban las imágenes que había guardado por años en su memoria.

Según escuchó Nahuel de boca de Horacio padre, su abuelo Eliseo, había nacido del otro lado de la cordillera y era indio, lo mataron en una balacera que se armó con carabineros chilenos, cuando intentaban pasar una tropa de ganado por la frontera que une el desierto de Atacama con la provincia de La Rioja.

En una oportunidad, un amigo de Leónidas conversando sobre el origen de la familia de ambos, le contó que esas historias de encuentros y desencuentros entre hombres y mujeres de diferentes culturas, era común en pueblos de frontera, donde convivían inmigrantes y gente del lugar.

Ese relato, por época y circunstancias, bien le puede caber a la abuela Delicia. El padre del padre de su querido amigo era chileno. Mejor dicho, había nacido del otro lado de la cordillera. Porque él, como buen descendiente de mapuches, tenía asumido que el territorio que le pertenecía abarcaba de lafken a lafken, o sea de mar a mar, llegaba del Atlántico al Pacífico y la cordillera era solo un accidente. El abuelo tenía una gran cultura heredada, pero carecía de instrucción escolar. En su familia hablaban el mapudungun, la lengua de sus antepasados, el castellano era un idioma totalmente ajeno a sus necesidades. Cuando cumplió los dieciocho años, junto a otros jóvenes de su comunidad fue incorporado por la fuerza al 2º Regimiento de Línea chileno.

Todo transcurría sin mayores sobresaltos hasta que un día, durante una revuelta, les dieron orden de reprimir a sus hermanos. Era el límite aceptable en la disciplina que le habían impuesto. El abuelo, acompañado de un par de amigos de la comunidad, desertó. Para evitar represalias cruzaron la cordillera por el Paso Pircas Negras, que une el desierto de Atacama con la provincia

de La Rioja. Al pasar del lado argentino fueron detenidos e identificados por fuerzas del orden y después admitidos.

El abuelo, al poco tiempo, consiguió trabajo en la localidad de Chilecito. Lo contrató como tropero el dueño de un establecimiento que se ocupaba de comprar y vender ganado de un lado y del otro de la divisa.

Indio indocumentado, cuando fue necesario arreglar los papeles, se puso el apellido del patrón, como se acostumbraba en la época. En ese ir y venir a caballo, un día se percató de la presencia de una gringa joven que se pasaba todas las tardes sentada frente a la ventana de su casa oteando el camino. La muchacha, de tez clara, rubia y ojos color del cielo, era hija del panadero del pueblo. Su familia no profesaba la religión católica, pero eso no fue impedimento para que aprendiera a leer y escribir en la parroquia de la vecindad. Del habla de los mapuches que habitaban en el lugar no entendía nada. Al pasar se cruzaban miradas y en esa aproximación que se prolongó durante meses, creció el deseo.

Un día conoció en la pulpería a un gaucho que sabía escribir y le pidió que le redactara una carta para la mujer que había acorralado su corazón. Cuando ella no estuvo a la vista, se acercó y dejó la carta sobre el alfeizar de la ventana. Al otro día volvió a pasar y ella esquivó la mirada, pero la carta no estaba. Una vez por semana se repetía la rutina, dejaba la esquila y esta desaparecía. Nunca tuvo una respuesta, pero después de cada carta depositada sentía que la mirada de la gringa era más intensa. Como no podía ser de otra manera en un pueblo chico, un día se encontraron. Fue un 22 de mayo durante la fiesta de Santa Rita de Casia, patrona de Chilecito. Se toparon en la Plaza Caudillos Federales. No hubo palabras de presentación, hablaban idiomas diferentes. La joven alzó la vista y lo miró a los ojos ruborizada, él la tomó de la mano y salieron a caminar. Pasados unos años,

cuando ya habían nacido sus dos hijas mayores, ella le confesó que cuando recibió la primera carta la quemó para que nadie la viera y dijo: “Indio de mierda, qué se habrá pensado”.

Cuando en 1977, en el exilio madrileño nació Julieta, la hija de Leónidas y Amalia, el médico que atendió el parto les dijo:

“Ven esta mancha azulada que tiene la nena en la espalda al final del coxis, bueno, eso se llama mancha mongólica. No se asusten, la palabra suena a otra cosa, pero solo indica el origen asiático de la raza Americana. Esas manchas son comunes entre los niños mongoles y cuando crecen se les va. Según ciertas hipótesis, los primeros habitantes de América provienen de Asia. Cruzaron por el estrecho de Bering, un paso que se hace transitable por la existencia de pequeñas islas agrupadas, la poca profundidad de las aguas y las glaciaciones que se dieron en el planeta”.

Hay otros estudios que suman otros orígenes migratorios, pero si de algo estamos seguros es de que somos mestizos, criollos como se dice, descendientes de pueblos originarios y europeos.

Cuanto más hablan entre hermanos, más historias de familia por parte del padre aparecen.

Hay un misterio que perdura oculto en los pliegues de la memoria.

¿Será una forma de cuidarse, una estrategia familiar, que en sus orígenes sirvió para sortear el acoso de la intolerancia, la diáspora y después las dictaduras latinoamericanas?

Secreto de familia o sabiduría internalizada que perdura y se niega a ser revelada.

Marzo 2020

Axel Kicillof
Gobernador de la Provincia
de Buenos Aires

Verónica Magario
Vicegobernadora de la Provincia
de Buenos Aires

Julio Alak
Ministro de Justicia y Derechos Humanos
de la Provincia de Buenos Aires

Matías Moreno
Subsecretario de Derechos Humanos
de la Provincia de Buenos Aires



colección
Narrativas
de la Memoria

Otros títulos de la colección:

El Carro de la Vida, Jorge Alessandro
Sueños de un campeón, Miguel Benancio Sánchez

Colección Memoria

Otros títulos

Las vidas que nos faltan
Historias de las y los Detenidos
Desaparecidos y Asesinados
de Berisso, Jorge Drkos.

Informe de la Memoria de Olavarría,
Comisión Especial por la Memoria.

Madres de Plaza de Mayo. Filial
La Plata, por Hebe de Bonafini.

Serie Cómplices del Terror

Participación Empresarial en la última
dictadura dictadura cívico militar
argentina, María Victoria Lucero y Juan
Manuel Ardenghi.

Palabras, silencios y complicidades. La
construcción del discurso legitimador
durante la última dictadura cívico
militar argentina, María Victoria Lucero
y Juan Manuel Ardenghi.

Narrativas de la memoria

Sueños de un campeón,
por Miguel Benancio Sánchez.

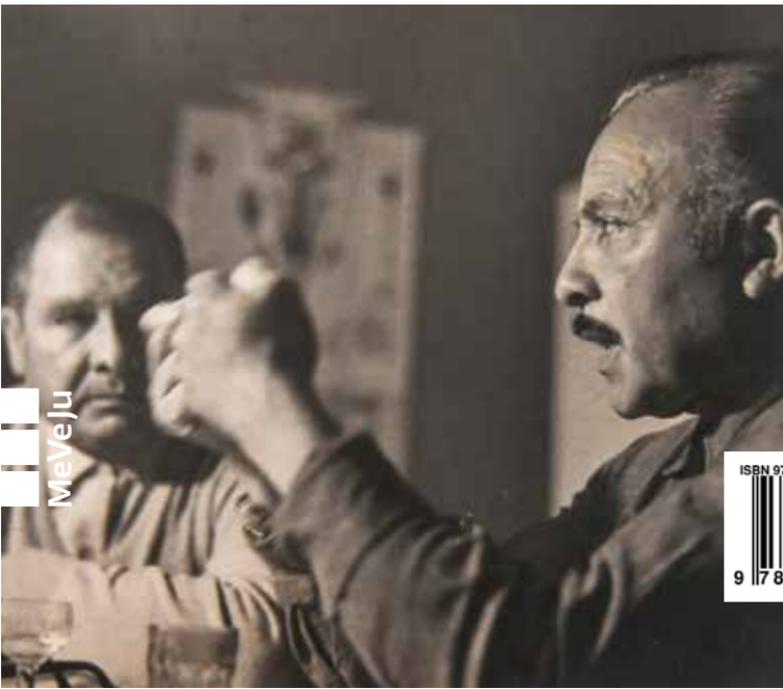
El carro de la vida. Texto homenaje,
por Jorge Alessandro.

héroe peronista

Padre nuestro

Horacio padre, como cientos de peronistas, pasó una pila de años perseguido y encarcelado. Condenado a ser fusilado en el 56, salvó la vida por minutos. Fue detenido y encarcelado (...) Los hombres de la Resistencia tenían un espíritu espartano, hacían un culto del valor. Sumando los distintos períodos estuvo en total cuatro años y medio preso, otro tanto clandestino y dieciocho años proscrito. En ningún momento dejó de alentar y preocuparse por el estudio de sus hijos, tampoco de las lecturas. Siempre que se encontraban los hermanos había tiempo para hablar del Viejo. No fue un día, ni un año, ese diálogo se alargó en el tiempo y persiste hasta hoy.

Gonzalo Leónidas Chaves



MeVeJu

ISBN 978-631-90009-8-6



9 786319 000986